

# El antiguo occidente de México

Nuevas perspectivas sobre el pasado  
prehispánico

Eduardo Williams, Phil C. Weigand,  
Lorenza López Mestas, David C. Grove  
Editores



El Colegio de Michoacán

EL ANTIGUO OCCIDENTE DE MÉXICO  
NUEVAS PERSPECTIVAS SOBRE EL PASADO PREHISPÁNICO

Eduardo Williams, Phil C. Weigand,  
Lorenza López Mestas, David C. Grove  
Editores



El Colegio de Michoacán

## ÍNDICE

Introducción <i>Phil C. Weigand, Eduardo Williams y Lorenza López Mestas</i>	9
Las unidades habitacionales de El Chanal, Colima <i>Ma. Ángeles Olay Barrientos</i>	25
El juego de pelota monumental de Los Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco <i>Phil C. Weigand y Acelia García de Weigand</i>	45
Nuevos enfoques acerca de la tradición Teuchitlán. Investigaciones en Llano Grande y Navajas, Jalisco <i>Christopher S. Beekman</i>	73
Reordenamiento de los patrones arquitectónicos del centro-norte de México. Del clásico al epiclásico <i>Jorge Ramos de la Vega y Ana María Crespo</i>	93
El ritual funerario de la tradición Teuchitlán. La tumba del altar central del círculo 6 en Los Guachimontones <i>Eric Orlando Cach</i>	107
Caracterización de manchas de manganeso en artefactos prehispánicos del occidente de México <i>Ephraim Cuevas y Robert Pickering</i>	125
La obsidiana en el contexto arqueológico de Los Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco <i>Rodrigo Esparza López y Carla Ponce Ordaz</i>	145
Nuevos datos acerca del desarrollo de la tecnología de núcleos prismáticos en la fuente de obsidiana, Ucareo, Michoacán <i>Dan M. Healan</i>	171

Agricultura de tierras húmedas en el núcleo de la tradición Teuchitlán <i>Glenn Stuart</i>	185
Una pizca de sal. Nuevos datos acerca de la producción salinera en la cuenca de Cuitzeo, Michoacán <i>Eduardo Williams</i>	211
Producción especializada y representación ideológica en los albores de la tradición Teuchitlán <i>Lorenza López Mestas</i>	233
Cronología de la cultura Chupícuaro. Estudio del sitio La Tronera, Puruagüita, Guanajuato <i>Véronique Darras y Brigitte Faugère</i>	255
Michoacán en el mundo mesoamericano prehispánico. Erongarícuaro y los Estados teotihuacano y tarasco <i>Helen P. Pollard</i>	283
La Peña. Un sitio de transición entre el epiclásico y el posclásico temprano en la cuenca de Sayula, Jalisco <i>Susana Ramírez de Swartz, Catherine Liot, Javier Reveles, Otto Schöndube, Cinthya Cárdenas, Franca Mata, Carmen Melgarejo, Leonardo Santoyo y Victoria Bojórquez</i>	305
Índice analítico	331

## INTRODUCCIÓN

Phil C. Weigand, Eduardo Williams,<sup>1</sup>  
Lorenza López Mestas<sup>2</sup>

*Non scolae sed vitae discimus*

El importante papel que desempeñó el occidente de México (es decir, el área ocupada por los actuales estados de Jalisco, Colima, Nayarit, Sinaloa, Michoacán y Guanajuato) en el desarrollo social y económico de la antigua Mesoamérica es cada vez más evidente. Sin embargo, las contribuciones de las culturas prehispánicas que habitaron esta región no han recibido toda la atención que merecen. En la actualidad, nuevas investigaciones contribuyen a arrojar luz sobre los procesos culturales del oeste mexicano anterior a la conquista española; por esta razón y para dar cuenta de tales trabajos se decidió organizar el simposio El Occidente de México y el Mundo Mesoamericano: Nuevos Datos, Futuras Direcciones, llevado a cabo en el Museo Regional de Guadalajara, Jalisco, los días 23, 24 y 25 de octubre de 2002. Organizado por Phil Weigand, Eduardo Williams y David Grove, el simposio contó con el apoyo de la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc. (FAMSI) y con la colaboración de la Secretaría de Cultura de Jalisco, de El Colegio de Michoacán y del Instituto Nacional de Antropología e Historia. La presente obra incluye una serie de artículos que tienen como base las ponencias presentadas en esta citada reunión.

El auditorio del Museo Regional de Guadalajara sirvió como foro para esta reunión académica, que congregó a más de 40 investigadores (de México, Estados Unidos y Francia) y a un buen número de estudiantes y público asistente, quienes le dieron seguimiento a 22 disertaciones temáticas acerca de distintos periodos del remoto pasado del occidente. El simposio estuvo organizado en cuatro mesas, cada una con un tema específico: la primera versó sobre los procesos culturales en el antiguo occidente; la segunda se centró en el análisis de contextos funerarios; en la tercera mesa se analizó la producción de recursos estratégicos y patrones de subsistencia; y, finalmente, la cuarta mesa abordó la arquitectura y patrones de asentamiento. Tras la conclusión de cada uno de estos espacios de exposición y análisis, la última sesión se convirtió en una mesa redonda para el intercambio de ideas entre los distintos ponentes y el público mismo. Esta última mesa ofreció la oportunidad de comentar diversos temas, entre los que destacó el que trató el papel del occidente de México dentro del contexto cultural mayor de Mesoamérica, además de su activa participación en el marco de este sistema mundial. De igual forma se abordaron varios problemas que son propios de la arqueología

1. Centro de Estudios Arqueológicos de El Colegio de Michoacán.
2. Centro Regional Jalisco, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

de la región, entre los que sobresalen el que tiene que ver con la falta de atención mostrada por la mayoría de las instancias oficiales en los ámbitos nacional e internacional acerca de esta vasta región, al igual que el problema constante de saqueo y destrucción del patrimonio arqueológico que sufre el occidente mexicano.

Los principales objetivos que persiguió este simposio se concentran en dos aspectos fundamentales: 1) presentar los resultados de recientes investigaciones y, a partir de ellos, discutir los distintos puntos de vista sobre la arqueología del occidente, lo que llevará a los estudiosos de Mesoamérica a reevaluar el papel que desempeña esta región en una dinámica social mucho más amplia y compleja; y 2) analizar los múltiples problemas que aún dificultan la comprensión del pasado prehispánico de nuestra región a partir de los recursos arqueológicos, que se encuentran amenazados cada vez más por el saqueo y la destrucción.

#### LAS INVESTIGACIONES

Las consideraciones enmarcadas en el primero de los objetivos fueron abordadas durante la presentación de las ponencias del simposio, las cuales dieron cuenta de los trabajos llevados a cabo actualmente en el occidente. Un rasgo destacable es que los hallazgos e interpretaciones presentadas se sometieron a un análisis riguroso y sistemático desde diversas disciplinas y perspectivas, aspecto que permitió avanzar en el entendimiento de los procesos socioculturales desarrollados en el pasado. La mayor parte de estas presentaciones aparecen en este libro; sin embargo, debido a compromisos académicos previamente adquiridos por algunos investigadores, varios de los trabajos expuestos en el simposio no se pudieron incluir en la presente edición.

En la primera contribución, Ángeles Olay discute las unidades habitacionales de El Chanal, Colima, sitio que ha sido destruido en gran parte por el saqueo y el crecimiento de la ciudad de Colima. En el artículo de Olay se presentan los resultados obtenidos por medio de diversos rescates arqueológicos, que dan información acerca de la forma en la que se encontraban organizados los espacios domésticos y acerca de los contextos arqueológicos.

En la siguiente contribución, Phil y Acelia Weigand abordan el tema del juego de pelota monumental de Los Guachimontones, en Teuchitlán, Jalisco. Los juegos de pelota localizados en esta área tienen canchas que miden por lo menos 80 m de largo, con medidas totales que alcanzan los 100 m o más. Sólo uno de ellos se ha excavado hasta ahora, el de Los Guachimontones. Este es el juego de pelota más grande de todo Mesoamérica para el periodo formativo tardío y clásico temprano/medio. Se presentan los detalles de la construcción del juego de pelota, así como su relación con los cercanos edificios de círculos concéntricos dentro del recinto. También se propone un modelo económico y político para el uso de estas canchas monumentales.

Otro estudio en la región antiguamente ocupada por la tradición Teuchitlán es el de Christopher S. Beekman, quien discute sus trabajos en los sitios de Llano Grande y Navajas, Jalisco. Estas investigaciones se han enfocado en las actividades de las elites durante los periodos tempranos y tardíos de la secuencia cultural de la tradición Teuchitlán. Con base en sus excavaciones, el autor propone que varias unidades corporativas independientes estuvieron asociadas con las estructuras de Los Guachimontones. Además, el trabajo en Llano Grande ha contribuido a mejorar nuestro

entendimiento sobre el ritual que creemos tuvo lugar en los círculos arquitectónicos, y esta línea de investigación ha llevado a atribuirles a las elites más papeles sociales.

La región del Bajío es estudiada por Jorge Ramos y Ana María Crespo, quienes presentan los resultados de su investigación acerca de patrones arquitectónicos en el centro-norte y el occidente de Mesoamérica. Como se sabe, la arquitectura es una de las expresiones materiales más importantes en el estudio de las sociedades antiguas. Hasta ahora, en las regiones centro-norte y occidente se ha llevado a cabo una serie de investigaciones tendientes al registro y clasificación de las diversas unidades arquitectónicas que existen en los asentamientos arqueológicos. Con base en esto, el presente estudio pretende explicar algunos aspectos de la concepción y conformación de estas unidades, apoyados en la diferenciación de uso y función de algunas estructuras a través del tiempo.

El tema del ceremonialismo funerario en Los Guachimontones de Teuchitlán es abordado por Eric Cach y Sara Fernández, quienes reportan haber encontrado una estructura que difiere considerablemente de los altares centrales y pirámides de otras partes del recinto o del área general. En estas excavaciones se encontraron seis ofrendas mortuorias, en las que se usaron cráneos, figurillas, cuencos, ollas, brazaletes de concha, manos y metates, así como ocre o cinabrio, maíz quemado y otros objetos. Esta investigación muestra la existencia de ceremonias funerarias de una escala nunca antes vista para las fases culturales tempranas en esta parte del occidente.

Otra contribución basada en el estudio de contextos funerarios es la de Ephraim Cuevas y Robert B. Pickering, quienes presentan un método de análisis de figurillas para determinar su autenticidad. Tras muchos años de saqueo y de falsificación de artefactos prehispánicos en el occidente, se ha vuelto riesgosa la utilización de figurillas en investigaciones serias. Es importante desarrollar métodos para determinar la autenticidad de las figurillas prehispánicas, con el fin de poder interpretarlas correctamente. El análisis de cambios en las figurillas posteriores a su enterramiento en tumbas, en específico la aparición de manchas de manganeso y la presencia de pupas de insectos, han surgido como métodos objetivos y no destructivos para determinar la autenticidad de las figuras de tumbas de tiro del occidente.

La obsidiana fue uno de los recursos estratégicos más importantes en la antigua Mesoamérica, pues se usó para elaborar cuchillos, puntas de proyectil, hachas, ornamentos, objetos rituales, etc. El occidente tuvo algunos de los más productivos yacimientos de obsidiana, siendo ésta de la mejor calidad, como señalan Rodrigo Esparza López y Carla Ponce Ordaz. Durante las exploraciones arqueológicas realizadas en Los Guachimontones se recuperó una gran cantidad de objetos de obsidiana, incluyendo navajas o macronavajas, navajillas prismáticas, raspadores, punzones, etc. El contexto arqueológico de estos artefactos, además de su color, tipo, procedencia y otras características, ha permitido entender más a fondo la utilización de la obsidiana en la región. En este trabajo se presentan los resultados de los análisis practicados hasta el momento, además de comentar las posibles relaciones con otras partes del occidente de México.

La región de Ucareo, Michoacán, también fue muy importante para la producción de obsidiana, como lo señala Dan Healan en su contribución a este libro. Esta fuente de obsidiana ha sido identificada como componente importante de los materiales líticos encontrados en varios sitios del centro y occidente de México, así como de Oaxaca y de la península de Yucatán, desde fechas tan tempranas como el periodo formativo temprano (Healan 1997: cuadro 1, 2004). La obsidiana de Ucareo parece haber sido una mercancía especialmente importante durante los periodos epiclásico

(ca. 700-900 d.C.) y posclásico temprano (ca. 900-1200 d.C.), cuando constituyó la principal fuente en distintos sitios de importancia, incluyendo Xochicalco, Tula y Chichén Itzá. Durante el periodo posclásico tardío (ca. 1200-1521 d.C.) la obsidiana fue el material más importante para el imperio tarasco. En todos estos contextos, la obsidiana de Ucareo apareció casi siempre en forma de navajas prismáticas; de hecho, la popularidad de Ucareo parece haber aumentado conjuntamente con la dispersión de la tecnología de navajas prismáticas en Mesoamérica.

La agricultura alcanzó un gran desarrollo en Mesoamérica, y el occidente no fue la excepción. Esto queda de manifiesto en el trabajo de Glenn Stuart, quien discute la agricultura de tierras húmedas en el núcleo de la tradición Teuchitlán. Los resultados de estos estudios confirman la existencia de un sistema de agricultura de tierras húmedas durante el periodo clásico en el área nuclear de esta cultura arqueológica. El sistema de canales de drenaje y de plataformas que se construyó en la laguna de Magdalena (Jalisco) durante el clásico temprano (200-400 d.C.) se asemeja sustancialmente a las chinampas del centro de México. Existió en esta parte del occidente un considerable conocimiento de ingeniería para el control de los niveles de agua, así como para construir un sistema agrícola que pudo haber funcionado todo el año, y que pudo, asimismo, haber sido controlado por las elites de la tradición Teuchitlán, tal vez contribuyendo a su ascenso al poder.

La sal fue uno de los recursos estratégicos de mayor importancia para los pueblos prehispánicos del Nuevo Mundo. Eduardo Williams presenta datos etnoarqueológicos sobre producción de sal con técnicas tradicionales en San Nicolás Simirao, en la cuenca de Cuitzeo, Michoacán. Los estudios hasta ahora realizados en esta área han permitido identificar tanto los procesos y técnicas relacionados con la producción de cloruro de sodio (por ejemplo lixiviado de tierra, evaporación de salmuera) como los elementos materiales de esta tecnología tradicional, que pueden usarse como marcadores arqueológicos (recipientes de barro especializados, canales fosilizados, tinajas de evaporación, etcétera).

La producción de artículos tanto suntuarios como de uso diario es un tema que ha ocupado a los arqueólogos desde hace mucho tiempo. El trabajo de Lorenza López Mestas sobre especialización artesanal y representación ideológica analiza la producción cerámica especializada durante los albores de la tradición Teuchitlán (fase Arenal, 300 a.C. a 250 d.C.). La autora propone un modelo de producción artesanal controlada por una elite o sector dominante, a la vez que analiza los patrones decorativos como vehículo de representación ideológica y compara los estilos cerámicos con otros tipos de cultura material, así como con las cerámicas reportadas para regiones vecinas.

La cultura Chupícuaro es una de las manifestaciones arqueológicas más significativas del periodo formativo en el occidente, pero hasta el momento no se conoce con precisión su antigüedad. El trabajo de Veronique Darras y Brigitte Faugere es una importante contribución en este sentido. Sus excavaciones en la región de la presa Solís (Guanajuato) han puesto de manifiesto una estratigrafía que constituye una referencia inédita para la elaboración de una nueva secuencia cerámica y cronológica. Estos nuevos datos permitirán entender con mayor claridad el proceso de formación de los asentamientos e identificar las etapas sucesivas de ocupación en el área. Finalmente, los análisis del material cerámico y de unas 15 muestras de carbono catorce han permitido ubicar la ocupación entre 500 a.C. y 200 después de Cristo.

Uno de los temas de mayor interés para los estudiosos del occidente prehispánico ha sido la interacción cultural entre esta región y el centro de México. Helen P. Pollard discute en su contribución a la presente obra las relaciones entre Erongarícuaro, Michoacán, y los Estados teotihuacano y



tarasco. Esta investigación no sólo ha proporcionado los primeros datos sistemáticos en Erongarícuaro, importante centro administrativo tarasco, sino también la mejor prueba de una ocupación temprana (desde *ca.* 50 a.C.) en la cuenca de Pátzcuaro. En este trabajo se presentan nuevos datos que aumentan nuestra comprensión de las redes económicas locales y regionales del Estado tarasco, aparte de aclarar la naturaleza de la sociedad de la fase Loma Alta y sus relaciones tanto dentro de Michoacán como con el Estado contemporáneo de Teotihuacan.

La última contribución al presente libro se refiere a recientes investigaciones en la cuenca de Sayula, Jalisco. Susana Ramírez *et al.* reportan sus hallazgos en La Peña, un sitio de transición entre el epiclásico y el posclásico temprano que fue un enclave económico y político de la tradición Aztatlán. Los nuevos hallazgos documentaron cuatro etapas constructivas correspondientes, al parecer, a tres fases cronológicas: fase Tizapán (1150-1300 d.C.), fase Cojumatlán (850-1150 d.C.), y una más antigua, tal vez correspondiente a la fase Chapala. Además se detectó una capa que marca el abandono del sitio entre la fase Chapala y las otras dos. Dentro de los contextos excavados se cuenta con áreas habitacionales aparentemente relacionadas con la elite, así como de tipo ritual como altares, plazas y un panteón. Asimismo se identificaron obras para el control y mejor aprovechamiento del agua.

De manera complementaria a las presentaciones —durante la sesión final que siguió a las ponencias formales, así como en los recesos y conversaciones informales que acompañaron al evento académico— se discutieron tanto los avances alcanzados por las distintas investigaciones como los problemas a los que se enfrenta el estudioso de la arqueología en el occidente para llegar a entender cabalmente el significado de los recursos arqueológicos de su región o área de interés. A partir de estas discusiones, al igual que a partir de nuestras propias observaciones, tratamos en las siguientes páginas de identificar algunos de los principales problemas que merecen tomarse en cuenta por las futuras investigaciones dentro de la enorme región que conocemos como “occidente”. Obviamente esta lista no es exhaustiva, y en el siguiente comentario los autores no pretenden hablar a nombre de todos los participantes en el simposio ni representar completamente sus puntos de vista; es tan sólo un acercamiento particular a dicha temática.

#### RESULTADOS ALCANZADOS. UN BALANCE PRELIMINAR

Como consecuencia de este simposio se vuelve necesario realizar un balance de la investigación arqueológica en la región. Durante las discusiones sostenidas entre los integrantes del evento, se llegó a la conclusión de que nuestro entendimiento acerca de los sistemas socioculturales prehispánicos del occidente se ha visto considerablemente incrementado en los últimos veinte años. De hecho, en algunos aspectos y en algunas áreas, este incremento ha sido exponencial, prometiendo además seguir con ese curso de desarrollo.

Si bien es cierto que este desarrollo es un fenómeno de las últimas décadas, marcando la “juventud” que caracteriza a las investigaciones arqueológicas en nuestra región —de lo cual son muestra los proyectos a largo plazo que se han realizado a partir de los noventa, como el de la cuenca de Sayula, el de Los Guchimontones de Teuchitlán o el de los Valles de Tequila—, también es pertinente reflexionar acerca de las grandes ausencias.

Por un lado, existe un vacío geográfico, pues en esta reunión no se contó con trabajos que versaran sobre el desarrollo sociocultural de la parte noroeste de nuestra región, es decir, sobre la arqueología de Nayarit y el sur de Sinaloa, una vasta zona que es esencial para entender los procesos del pasado prehispánico en el occidente. Además, por ser una región de frontera en el entorno mesoamericano, resulta indispensable su estudio como zona de contacto entre diversas tradiciones culturales, como las sociedades sedentarias y nómadas. Para matizar esta falta, en las últimas décadas se avanzó en las investigaciones realizadas en áreas poco conocidas como lo son los Altos de Jalisco y el cañón de Bolaños.

Por otra parte, pocos estudiosos se han avocado al análisis de fuentes históricas correspondientes al contacto español. Aparentemente pocos arqueólogos realmente valoran los datos encerrados en esta documentación como herramienta metodológica para entender a las sociedades prehispánicas, por lo que el conocimiento de este período es escaso y se ve limitado al bagaje material, siendo necesario realizar estudios que contrasten las fuentes documentales con el registro arqueológico.

Relacionado con lo anterior, otro vacío notable se encuentra en los períodos estudiados, predominando en este simposio las investigaciones sobre el posclásico, como es el caso del Estado tarasco o de la tradición Aztatlán, al igual que sobre el formativo, donde sobresalen los trabajos que abordan la tradición Teuchitlán en el centro de Jalisco. La transición de fines del clásico todavía es poco conocida en Occidente.

Asimismo, mientras en pocos proyectos predomina un enfoque interdisciplinario para tratar de explicar el fenómeno sociocultural de una manera totalizadora, otros siguen haciendo arqueología a la manera tradicional, con largas series de tipos cerámicos y descripciones abundantes, que si bien no son aportaciones despreciables, se alejan de las explicaciones de carácter antropológico y sociológico.

De cualquier manera, el aumento en los estudios abocados a estas temáticas se debe, en gran medida, a la mayor participación de individuos y de instituciones en las investigaciones arqueológicas dentro de nuestra región. La participación institucional ha sido mayor que nunca antes. Esta nueva presencia augura el surgimiento de ideas novedosas y puntos de vista más amplios, una tendencia que esperamos siga y se amplifique.

## EL QUEHACER ARQUEOLÓGICO Y SUS RETOS

Los pasos importantes que ya se han dado, sin embargo, se ven mitigados —si no es que limitados— por una serie de objetivos que hasta hoy no se ha realizado completamente, a saber:

1) *La preservación del patrimonio arqueológico del occidente.* Es un hecho universalmente reconocido que los recursos arqueológicos no son renovables; son parte de nuestra herencia y una vez perturbados o destruidos se pierden para siempre. En la actualidad, en la región del occidente la destrucción de estos recursos se da a un ritmo acelerado, algo en realidad alarmante que debería preocupar a todo el mundo y en especial a las instituciones involucradas e interesadas en su preservación.

Aparte de los temas ya perdurables del saqueo, del tráfico ilícito de artefactos prehispánicos y del coleccionismo generalizado y mal entendido que han afectado a nuestra zona por más de un siglo, ahora se enfrentan dos amenazas relativamente nuevas: los procesos masivos de urbanización y

la industrialización de la agricultura. Como resultado del primer proceso tenemos infames ejemplos de destrucción, entre los que se encuentran el recinto monumental del sitio de Coyula (municipio de Tonalá, Jalisco), convertido en un “higiénico” basurero para Guadalajara; el sitio clásico de La Higuera, devorado por los asentamientos irregulares de la población de Tala; o el arrasamiento de la estructura mayor de Ixtapa, en el valle de Banderas, para la construcción de una casa con “vista panorámica”. Otros ejemplos no menos preocupantes son la expansión urbana alrededor de la ciudad de Colima, que afectó hace más de una década al sitio de La Campana; el desarrollo suburbano alrededor de Bugambillas (Zapopan, Jalisco); y el avance de Guadalajara sobre sitios clave como Los Padres, El Tizate y El Grillo; o la creación de corredores industriales en las salidas hacia Chapala y Colima, que afectan sitios del periodo formativo. Por otra parte, ejemplo del segundo proceso es la destrucción del recinto de Huitzilapa (municipio de Magdalena, Jalisco), perpetrado impunemente para nivelar la tierra, con maquinaria pesada, con el fin de cultivar agave; o la expansión de los “jitomateros” en la cuenca de Sayula, que ocasionó la destrucción de un sector del sitio de La Picota. Los daños patrimoniales aparecen por doquier: el arado profundo alrededor de la zona protegida de Los Guachimontones de Teuchitlán; las carreteras que atraviesan la región de Los Altos, Jalisco; el nivelado de terrenos para cultivos de caña en las regiones de Tala-Ahualulco-Ameca, Tamazula y Tonila (Jalisco), así como en Cuauhtémoc (Colima); el tendido de líneas de transmisión eléctrica a través de la Mesa del Nayar; la operación de maquinarias pesadas en las plantaciones costeras de Nayarit; la infraestructura turística en las costas jaliscienses. En fin, esta lista es literalmente inagotable; abundan ejemplos ilustrativos de una destrucción desenfrenada que se convierte en un magnicidio cultural en verdad apabullante.

¿Qué se puede hacer para remediar estos problemas? Se vuelve necesario descentralizar el control y la toma de decisiones sobre los recursos arqueológicos, con el objeto de que la atención legal y académica de afectaciones sobre sitios prehispánicos se haga de manera expedita y eficaz. A este problema hay que añadir la dificultad generalizada para la obtención de fondos adecuados. Estas dificultades, en especial la última, son casi universales, de ninguna manera específicas del occidente. Sin embargo, el centralismo cultural tiene otra faceta: en el ámbito nacional el occidente todavía es menospreciado como región de desarrollo prehispánico a causa de los prevalecientes dogmas (aunque ya empiezan a desvanecerse) sobre el carácter y evolución de las civilizaciones mesoamericanas. Es por esto que los fondos y los recursos humanos dedicados a esta región siempre han sido escasos en extremo. Si bien la situación está mejorando de manera apenas perceptible, todavía queda un largo camino por recorrer para que los recursos arqueológicos de nuestra región cuenten con una evaluación sistemática y exploración científica.

Algo muy lamentable es la falta total de reportes responsables sobre la naturaleza de los bienes culturales afectados y el impacto ecológico de las obras realizadas por las compañías constructoras y agrícolas, que ignoran las leyes de protección del patrimonio arqueológico, por ejemplo la expedida en 1972. Es de suponerse que los directivos de estas compañías son personas cultas con espíritu de servicio público, por lo que es incomprensible la falta de responsabilidad que a veces presentan sobre su propia herencia cultural. Con frecuencia la actitud que se observa es un descuido crónico y deliberado, hasta el punto de evadir cualquier responsabilidad. Si las grandes compañías, e incluso los gobiernos, evaden de esta manera la responsabilidad de salvaguardar el patrimonio arqueológico, ¿qué pensarán los potenciales saqueadores en los pueblos y aldeas de la región?, ¿o las grandes

compañías transnacionales que no tienen ni comprenden las raíces culturales de este país? Por esta misma razón no se puede continuar justificando la falta de objetivos de investigación congruentes en las intervenciones de sitios arqueológicos, por encontrarse éstas en el nivel de “rescate”, dado que las mismas tienen como fin común el estudio científico de nuestro pasado, por más mutilado que se encuentre un yacimiento cultural.

Desde hace mucho tiempo se ha conocido el saqueo organizado en el occidente; la destrucción casi total de un círculo arquitectónico tipo guachimontón presenciada por Adela Breton en Oconahua, Jalisco, a finales del siglo XIX, es un buen ejemplo (Weigand y Williams 1997). Otro ejemplo es la participación de un grupo de médicos de la ciudad de Guadalajara en el despojo y parcial destrucción del palacio prehispánico de Tala (Jalisco) y de la mayor de las pirámides de Los Guachimontones de Teuchitlán; o el saqueo de tumbas monumentales como las de San Juan de los Arcos y El Arenal por “prestigiados” anticuarios tapatíos. Ejemplos como estos son demasiado abundantes como para mencionarse en este libro.

Pero en fechas recientes el saqueo de sitios arqueológicos dentro del occidente ha alcanzado un nuevo nivel de organización; ahora el despojo sistemático de sitios funerarios con frecuencia es promovido por grupos armados o “mafias” (incluso relacionadas con el narcotráfico) que son más difíciles de controlar que los vándalos de antaño. Este tipo de actividad ilícita se realiza en la actualidad en el área de Magdalena, Jalisco, así como en otras partes de nuestra región. Estos procesos están obviamente relacionados con el incesante flujo de antigüedades del occidente hacia los centros urbanos de México y de muchos otros países. Nunca antes se había contado con tantos objetos del occidente en el mercado; para comprobarlo basta visitar sitios en internet como E-Bay. Tratar de detener estos materiales en la frontera, o de recuperarlos cuando ya se encuentran en manos de extranjeros, es poner la carreta delante del buey. Si bien estos esfuerzos son necesarios, la tarea real y el reto están en el campo, protegiendo los recursos antes de que se vean saqueados o destruidos.

Por lo tanto, sin la sistemática presencia física de las autoridades para proteger los sitios arqueológicos —algo imposible en vista de su abundancia en el occidente— no tenemos más que dos opciones reales: por una parte, la educación del público en general mediante jornadas y programas permanentes y, por otra, la participación de diversas instituciones en el ámbito del quehacer cultural. La educación del público es un proceso largo, si bien gratificante, que implica trabajo cara a cara con la comunidad, algo que pocos arqueólogos desean hacer o para lo que han sido entrenados. Esta educación solamente se podrá lograr por medio de proyectos de concientización, museos regionales, conferencias en escuelas de todos los niveles, visitas al campo para los estudiantes, folletos escritos de manera comprensible para el público que sean ampliamente distribuidos, así como la formación de más parques arqueológicos. Es claro que estos esfuerzos a corto plazo no lograrán detener, ni siquiera reducir de manera considerable, el saqueo o el vandalismo, pero presentan una alternativa para la conservación de una parte significativa de los recursos arqueológicos para las futuras generaciones. Los bienes culturales prehispánicos son escasos y están amenazados en el ámbito nacional; la mejor opción para su preservación es la que involucra a las comunidades locales y a los gobiernos estatales en acciones conjuntas con las universidades, colegios, instituciones culturales regionales y estatales, Organizaciones No Gubernamentales y, por supuesto, los centros regionales del Instituto Nacional de Antropología e Historia. La formación de patronatos que operen en el terreno local o regional, bajo la asesoría del INAH, es claramente una de las claves para el éxito de los trabajos de preservación.

Aparte de todo lo anterior, las actividades de investigación y de salvamento arqueológico necesitan ser impulsadas. Las instituciones locales tienen mayor acceso a —y conocimiento de— los proyectos que pueden afectar a los recursos arqueológicos. Mientras que los proyectos de alta visibilidad, como el tendido de líneas de energía eléctrica o la construcción de presas, siempre atraen la atención nacional, la construcción de pequeños caminos, los nuevos desarrollos suburbanos o centros comerciales, obras de drenaje, tubería para el agua, estanques para ganado y nivelación para construcción de casas o para campos de cultivo, entre muchas otras actividades potencialmente destructivas del patrimonio arqueológico, casi nunca atraen la suficiente atención fuera del área inmediata. Por otra parte, aunque estas actividades sean reportadas de manera oportuna, casi nunca se cuenta con los recursos económicos para hacer algo al respecto. El proceso de hacer la denuncia a las autoridades competentes es en lo absoluto necesario y fundamental para actuar de manera conjunta y responsable en defensa de los recursos amenazados.

2) *El dilema de los periodos paleoindio y arcaico.* El occidente fue poseedor de una gran riqueza en recursos naturales que pudieron haber ofrecido múltiples oportunidades de desarrollo cultural a las poblaciones más antiguas del periodo paleoindio y del arcaico.<sup>1</sup> Federico Solórzano (1976, 1980; véase también Aliphath 1988) ha demostrado sin lugar a dudas la existencia de una increíble riqueza de fauna potencialmente accesible a los seres humanos durante el pleistoceno y el holoceno, mientras que Bruce Benz (2001) y sus colegas han hecho lo mismo para los materiales de flora silvestre, en especial el maíz, que pudieron haber sido explotados por las primeras comunidades sedentarias en nuestra región. Lo sorprendente es que estos descubrimientos han sido realmente escasos; aparte de algunos hallazgos aislados de puntas acanaladas y de otras herramientas líticas muy tempranas (Hardy 1994), no ha existido ningún proyecto sistemático organizado para investigar la naturaleza y características de la presencia de poblaciones paleoindias en el occidente. Los hallazgos casuales, por supuesto, son valiosos e interesantes, pero no nos dan en sí mismos los datos suficientes como para comprender la presencia humana durante este periodo. Si bien es cierto que los sitios más tempranos son muy difíciles de localizar y de estudiar, la procedencia y distribución del material recabado por Solórzano durante muchos años de investigación podrían servir para identificar varios puntos y saber dónde empezar.

Lo mismo puede decirse acerca del periodo arcaico, aunque por lo menos se han iniciado algunos trabajos sistemáticos, si bien aislados. Ahora sabemos que existieron en el occidente formas silvestres tempranas de maíz, por lo que nuestra área podría contribuir al entendimiento —hasta ahora muy rudimentario y controvertido— de los inicios de la domesticación de plantas en Mesoamérica, que culminó en la “revolución de la producción de alimentos”. Sin embargo, a pesar de la potencial riqueza de información en esta parte de Mesoamérica, Solórzano y Benz han sido prácticamente los únicos investigadores interesados en el tema hasta la fecha (véase también Mountjoy 2000: 81-84). A pesar de sus habilidades y su dedicación, sus trabajos apenas comienzan a arrojar luz sobre este tema. Esta situación implica que los sistemas socioculturales que siguieron a los desarrollos arcaicos del área se encuentran “flotando” sin la contextualización histórica necesaria para entender, en términos regionales y evolutivos, los procesos posteriores.

1. El periodo paleoindio comprende el tiempo transcurrido desde la aparición más temprana del *Homo sapiens*, hace unos 20 000 años (aunque esta fecha es muy debatida), hasta los inicios del arcaico, alrededor de 7 000 años antes del presente. El arcaico, por su parte, es importante porque en él se dieron los primeros pasos hacia el establecimiento de una vida sedentaria con economía plenamente agrícola.

3) *La naturaleza de los procesos socioculturales complejos en el occidente*. Este es el tema que ha atraído la mayor atención de los arqueólogos que trabajan en nuestra región, así como otros interesados. Sin embargo, esto no quiere decir que contemos con un entendimiento profundo o exhaustivo sobre los desarrollos o la complejidad cultural del antiguo occidente, en especial para el periodo formativo. La mayor cantidad de información proviene de contextos funerarios y, en muchos casos, se trata de material en colecciones cuya procedencia se desconoce total o parcialmente. Resulta irónico que en esta área, tan famosa por su arte funerario, una sola tumba de tiro monumental (la de Huitzilapa; Ramos y López 1996) haya sido excavada sistemáticamente por arqueólogos, mientras que todas las demás fueron descubiertas y saqueadas por buscadores de tesoros. No obstante, varias tumbas de tiro no monumentales han sido excavadas y estudiadas de forma científica, entre las que destacan las del valle de Atemajac (Galván 1991).

En vista de la enorme cantidad de figurillas y de otros tipos de objetos de cerámica encontrados en tumbas —que actualmente se encuentran en colecciones privadas, en museos o a la venta en manos de particulares—, los estudios hasta hoy realizados, si bien muy importantes y valiosos, no han sido representativos o suficientes. La gran mayoría de los objetos que se encuentran en exhibición en los museos del occidente y en el Museo Nacional de Antropología (por no mencionar el material en el extranjero) provienen de la actividad de saqueadores, no de exploraciones científicas, por lo que su valor educativo y para la investigación tiene obvias limitaciones. El interés sobre estos objetos en el pasado tuvo principalmente la perspectiva de la historia del arte. Aunque algunos de estos estudios fueron bien realizados, pocos han alcanzado el alto nivel de calidad que caracteriza, por ejemplo, las investigaciones de Hasso von Winning (1996), que son prácticamente únicas dentro de la bibliografía del occidente.

La tarea de ubicar a los materiales funerarios tempranos en el contexto de la cultura antigua en general, tomando en cuenta aspectos como los patrones de asentamiento y otros elementos de la vida prehispánica, ha sido un reto enorme. La mayoría de las veces los sitios arqueológicos en el occidente han sido descubiertos primeramente por saqueadores, más que por prospecciones arqueológicas. Con pocas excepciones, los restos de la superficie, como los montículos de estilo San Felipe o los círculos arquitectónicos y las plataformas de tipo El Arenal (ambos en el área general del volcán de Tequila), o las abundantes unidades habitacionales del valle de Colima, son con frecuencia efímeros. De igual manera, la fascinación por los entierros puede hacer que se olvide la importancia de otras clases de elementos prehispánicos, incluso cuando se están llevando a cabo estudios sistemáticos.

Obviamente, los rituales funerarios son fundamentales y poseen un gran potencial para esclarecer los sistemas sociales tempranos de nuestra vasta región, pero este tipo de ritualismo no es el único cuerpo de datos, seguramente tampoco el que nos dará una visión global de los sistemas sociales mismos. Por otra parte, ha sido común confundir los rituales funerarios con otros tipos de ceremonias ligadas a la muerte, algo que oscurece, en lugar de esclarecer, nuestro entendimiento del culto a los antepasados. Con el fin de poder comprender bien estos importantes aspectos de la ideología antigua, son necesarios más estudios orientados a los patrones de asentamiento y de residencia, a los sistemas productivos y de subsistencia, datos que han resultado elusivos en los estudios de contextos tempranos, si bien se alcanza a apreciar cierto grado de complejidad.

Casi no es necesario mencionar que los datos sobre asentamiento son cruciales, de hecho son básicos y fundamentales para todos los periodos, con el fin de alcanzar un entendimiento completo y

científico de los estilos de vida sedentaria. Este tipo de investigación requiere de prospecciones sistemáticas como el trabajo arqueológico que Pedro Armillas (1991) introdujo a Mesoamérica: estudios de paisaje con una perspectiva ecológica a la vez que cultural en el sentido estricto de la palabra. Por ejemplo, deberíamos poder distinguir entre “paisajes políticos” y “paisajes vernáculos” (cf. Jackson 1984). Recientemente se han logrado importantes avances en el occidente por medio de estudios que tienen, por lo menos en parte, un enfoque hacia el paisaje. Las áreas estudiadas de esta manera son, entre otras, las cuencas de Pátzcuaro (Pollard 1993, 1996) y de Zacapu (Arnauld 1996; Arnauld *et al.* 1993), los valles alrededor del volcán de Tequila (Weigand 1996; Beekman 1996), y la cuenca de Atoyac-Sayula (Valdez *et al.* 1996).

Los estudios de paisaje requieren de largos periodos de trabajo continuo, por lo que resultan difíciles de organizar, así como de encontrar el personal y los recursos necesarios para realizarlos exitosamente. Sin el entendimiento del paisaje –incluyendo el patrón de asentamiento y los recursos escasos o estratégicos– las excavaciones de sitios aislados carecen de contexto, casi tanto como las colecciones de objetos funerarios, aunque produzcan información con valor científico.

Los estudios sobre producción e intercambio de recursos naturales –por ejemplo obsidiana (Healan 2004; Weigand *et al.* 2004; Darras 1994; Pollard y Vogel 1994); piedras verdiazules semipreciosas o preciosas (Weigand *et al.* 1977; Weigand 1995); y sal (Liot 2000; Williams 2003)– son cruciales para la perspectiva analítica del paisaje, así como para el entendimiento contextual de la arqueología del occidente. Con fortuna hay algunos estudios sobre estos temas, aunque hacen falta más. Finalmente, parece que el interés en ellos se está incrementando (véase, por ejemplo, los trabajos reunidos en Williams 2004).

Lo mismo puede decirse de las investigaciones etnohistóricas y etnoarqueológicas, que resultan fundamentales como cualquiera de las mencionadas anteriormente, ya que nuestra capacidad de entender los datos arqueológicos depende en gran medida de este tipo de información, como ya lo señalara desde hace varias décadas Walter W. Taylor en su clásico *A Study of Archaeology* (1948). Según este autor, el arqueólogo puede conocer con certeza solamente tres “hechos” acerca de los objetos que estudia: procedencia, composición físico-química y morfología. Todo lo demás se basa en interpretaciones apoyadas en la analogía, la deducción y la lógica. Es por eso que en la medida en que podamos entender mejor estos tres “hechos” podremos llegar a una interpretación más completa. La calidad de nuestras interpretaciones depende de nuestra habilidad y conocimientos de etnografía, de teoría antropológica y de procesos históricos.

Por todo lo anterior, es necesario aproximarnos a la arqueología como una serie de técnicas y métodos que son parte de la antropología misma. La arqueología no es una disciplina independiente, sino que forma parte integral de la antropología y de la historia. Esta orientación merece hacerse enfática no sólo en nuestros reportes, sino también en nuestro entrenamiento, algo que no siempre resulta evidente en la arqueología del occidente.

La naturaleza y complejidad de las culturas prehispánicas del occidente han sido objeto de múltiples debates, pero la vieja idea de que el occidente recibió la civilización como “regalo” desde el centro de México durante el periodo posclásico ya ha sido desechada. De la misma manera, la mayoría de los investigadores ahora reconoce que nuestra región fue una de varias áreas nucleares dentro del desarrollo global del sistema mundial mesoamericano (cf. Smith y Berdan 2003).

Quedan todavía como temas de discusión y de interpretación razonada los siguientes: si el occidente fue o no una “civilización” por derecho propio; si hubieron o no experimentos de urbanismo (a diferencia de la urbanización misma) en el área; los niveles demográficos y de organización social alcanzados dentro de la región; la naturaleza e intensificación de los sistemas agrarios, entre otros aspectos. En algunas partes del occidente vemos el desarrollo temprano de la arquitectura monumental (por ejemplo en la región de Teuchitlán y en el valle de Colima); parece claro que algunas áreas se desarrollaban de manera diferente a otras, formando “áreas económicas clave” que captaban recursos –y tal vez gente– de las regiones circundantes. La forma en que estas zonas de mayor complejidad interactuaban con sus vecinos es, desde luego, tema de discusión.

Algo que ya no puede negarse es que las culturas prehispánicas del occidente gozaron de complejidad social y de un notable alto nivel de desarrollo cultural. Si bien las ideas del modelo que se ha llamado “formativo eterno” (cf. Weigand 1993) ya se han desechado, algunas preguntas siguen vigentes: ¿cuál fue el nivel de desarrollo político alcanzado en el occidente?, ¿existieron verdaderos Estados? La complejidad sociopolítica de los tarascos y de los caxcanes ciertamente sugiere que la respuesta a esta última pregunta es afirmativa. Pero la naturaleza de estos Estados sigue siendo en gran medida desconocida; se han aplicado en el occidente modelos como el del “Estado segmentario” (Weigand y Beekman 1998; cf. Southall 1988), aunque su relevancia más allá de la tradición Teuchitlán está todavía por documentarse. Por ejemplo, no se sabe aún si este tipo de modelo puede aplicarse a zonas como el eje Centispac-Acaponeta-Ixcuintla de la costa de Nayarit, o bien al valle de Colima. Otra incógnita que necesita resolverse es la naturaleza de los lazos que mantuvo el occidente con otras áreas de Mesoamérica, como el Bajío y el centro de México o el valle de Oaxaca, así como regiones fuera de Mesoamérica, como el sudoeste de Estados Unidos y la costa norte de Sudamérica.

Entre las incógnitas que todavía están por resolverse está la participación del occidente dentro de la estructura comercial del sistema mundial mesoamericano, así como la propia naturaleza de las sociedades occidentales; ¿se trataba de una civilización por derecho propio, o de un componente del sistema mundial, o simplemente otra región dentro de la civilización mesoamericana mayor? A pesar de la riqueza que tiene nuestra área en arquitectura formal y monumental, hacen falta más estudios sobre la gramática de diseños. La estructura simbólica de edificios, que representan ideas sobre el cosmos, está todavía por investigarse en detalle. Igualmente puede decirse que el contenido simbólico de las varias tradiciones de cerámica policroma y de figurillas sigue siendo un campo virtualmente virgen. A pesar del gran interés sobre los objetos y tradiciones funerarias, es poco lo que se ha indagado de manera sistemática sobre la organización de la religión en el área.

En el ámbito de la cultura material se nota con claridad una habilidad muy desarrollada en la producción de arte y de marcadores de estatus (figurillas, esculturas, objetos de cerámica y de metales preciosos como plata y oro), de artefactos de uso utilitario (obsidiana, cobre y bronce), y de arquitectura. El occidente fue lugar de origen de un estilo particular de hacer las cosas; buena muestra de ello es la arquitectura monumental de forma circular (única en Mesoamérica), así como la innovación tecnológica en la metalurgia y en ciertos tipos de trabajo de la obsidiana. Conjuntamente con las bien conocidas tradiciones cerámicas de gran elegancia, en el occidente florecieron especialidades artesanales y artísticas de gran mérito. Por otra parte, la intensificación agrícola visible hoy día en los restos de campos húmedos o chinampas de Jalisco (Stuart 1992) y Michoacán (Fisher *et al.* 1999, Arnauld 1996) debe considerarse como parte del bagaje cultural dentro de ciertas partes del área.



## INTRODUCCIÓN

Todas las observaciones y preguntas mencionadas con anterioridad, junto con otras, merecen muchos más estudios sistemáticos de los que hasta hoy se han realizado.

Finalmente, ¿cómo se ajusta la abundante evidencia de complejidad social y cultural en nuestra área a los marcos antropológicos de interpretación presentados actualmente por los investigadores dentro de las disciplinas antropológicas e históricas? Aquí yace uno de los campos más fértiles para la arqueología en general, que se reconoce cada vez con mayor claridad al ir ocupando el occidente un lugar privilegiado dentro de los estudios del Nuevo Mundo en general y de Mesoamérica en particular.

### REFERENCIAS CITADAS

ALIPHAT, Mario

1988 "La cuenca Zacoalco-Sayula: ocupación humana durante el pleistoceno final en el occidente de México" en A. González Jácome (ed.), *Orígenes del hombre americano*, México, SEP.

ARMILLAS, Pedro

1991 *Pedro Armillas: vida y obra*, 2 vols., T. Rojas (ed.), México, INAH/CIESAS/Conaculta.

ARNAULD, Charlotte

1996 "Investigaciones paleoambientales en la cuenca lacustre de Zacapu: programas 'Michoacán II' y 'Laguna'" en Eduardo Williams y P. C. Weigand (ed.), *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA.

———, P. CAROT y M. F. FAUVET-BERTHELOT

1993 *Arqueología de Las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos 5).

BEEKMAN, Chris

1996 "The Long-term Evolution of a Political Boundary: Archaeological Research in Jalisco, Mexico", tesis doctoral, Vanderbilt University.

BENZ, Bruce

2001 "The Origins of Mesoamerican Agriculture: Reconnaissance and Testing in the Sayula-Zacoalco Lake Basin". Reporte entregado a la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies, Inc. (<http://www.famsi.org/reports/99074/index.html>).

DARRAS, Veronique

1994 "Las actividades de talla en los talleres de obsidiana del conjunto Zináparo-Prieto, Michoacán" en Eduardo Williams y R. Novella (eds.), *Arqueología del occidente de México: nuevas aportaciones*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

FISHER, Christopher, H. P. POLLARD y C. FREDERICK

1999 "Intensive Agriculture and Socio-political Development in the Lake Pátzcuaro Basin, Michoacán, Mexico" en *Antiquity* 73(281), pp. 642-649.

GALVÁN VILLEGAS, Luis Javier

1991 *Las tumbas de tiro del valle de Atamajac, Jalisco*, México, INAH.

HARDY, Karen

1994 "Colecciones líticas de superficie del occidente de México" en Eduardo Williams y R. Novella (ed.), *Arqueología del occidente de México: nuevas aportaciones*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

HEALAN, Dan

1997 "Pre-Hispanic Quarrying in the Ucareo-Zinapécuaro Obsidian Source Area", *Ancient Mesoamerica* 8(1), pp. 77-99.

2004 "Extracción prehispánica de obsidiana en el área de Ucareo-Zinapécuaro, Michoacán" en Eduardo Williams (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México: producción e intercambio*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

JACKSON, John B.

1984 *Discovering the Vernacular Landscape*, Yale University Press.

LIOT, Catherine

2000 *Les salines préhispaniques du bassin de Sayula (Occident de Mexique): Milieu et techniques*, Oxford, British Archaeological Reports (BAR International Series 849).

MOUNTJOY, Joseph

2000 "Prehispanic Cultural Development along the Southern Coast of West Mexico" en M. S. Foster y S. Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica: the Archaeology of West and Northwest Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press.

POLLARD, Helen P.

1993 *Tariacuri's legacy: the Prehispanic Tarascan State*, Norman, University of Oklahoma Press.

1996 "La transformación de elites regionales en Michoacán central" en Eduardo Williams y P. C. Weigand (eds.), *Las cuencas del occidente de México: época prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA.

\_\_\_\_\_ y T. VOGEL

1994 "Implicaciones políticas y económicas del intercambio de obsidiana dentro del Estado tarasco" en Eduardo Williams y R. Novella (eds.), *Arqueología del occidente de México: nuevas aportaciones*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

RAMOS, Jorge y Lorenza LÓPEZ MESTAS

1996 "Datos preliminares sobre el descubrimiento de una tumba de tiro en el sitio de Huitzilapa, Jalisco" en *Ancient Mesoamerica* 7(1), pp. 121-134.

SOLÓRZANO, Federico

1976 "La prehistoria de Jalisco" en *Lecturas históricas sobre Jalisco antes de la independencia*, recopilación de José María Muriá, México, INAH.

1980 "Prehistoria" en J. M. Muriá (ed.), *Historia de Jalisco*, vol. I, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco.

SOUTHALL, Aidan

1988 "The Segmentary State in Africa and Asia" en *Comparative Studies in Society and History* 30, pp. 52-82.

STUART, Glen

1992 "Better Loams and Gardens: the Archaeological Potential of Palynological Research on Chinampas, Highland Lake Areas of Jalisco, México" (mecanoscrito inédito).

## INTRODUCCIÓN

- SMITH, Michael M. y F. BERDAN (eds.)  
 2003 *The Postclassic Mesoamerican World*, Salt Lake City, University of Utah Press.
- TAYLOR, Walter W.  
 1948 *A Study of Archaeology*, Chicago, Southern Illinois University.
- VALDEZ, Francisco, C. LIOT y O. SCHÖNDUBE  
 1996b “Los recursos naturales y su uso en las cuencas lacustres del sur de Jalisco: el caso de Sayula” en Eduardo Williams y P. C. Weigand (eds.), *Las cuencas del occidente de México: época prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA.
- WEIGAND, Phil C.  
 1993 *Evolución de una civilización prehispánica: arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.  
 1995 “Minería prehispánica en las regiones noroccidentales de Mesoamérica, con énfasis en la turquesa” en Eduardo Williams y P. C. Weigand (eds.), *Arqueología del occidente y norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán.  
 1996 “La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: la tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco” en Eduardo Williams y P. C. Weigand (eds.), *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA.
- \_\_\_\_\_ y Christopher BEEKMAN  
 1998 “The Teuchitlán Tradition: Rise of a Statelike Society” en Richard Townsend (ed.), *Ancient West Mexico: Art and Archaeology of the Unknown Past*, Chicago, The Art Institute of Chicago.
- \_\_\_\_\_ y Eduardo WILLIAMS  
 1997 “Adela Breton y los inicios de la arqueología en el occidente de México” en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, XVIII (70), pp. 217-255.
- \_\_\_\_\_, G. HARBOTTLE y E. V. SAYRE  
 1977 “Turquoise Sources and Source Analysis: Mesoamerica and the Southwestern U.S.A.” en T. K. Earle y J. E. Ericson (eds.), *Exchange Systems in Prehistory*, Nueva York, Academic Press.
- \_\_\_\_\_, Acelia GARCÍA DE WEIGAND y Michael D. GLASCOCK  
 2004 “La explotación de los yacimientos de obsidiana del centro-oeste de Jalisco” en Eduardo Williams (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México: producción e intercambio*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- WILLIAMS, Eduardo  
 2003 *La sal de la tierra: etnoarqueología de la producción salinera en el occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Secretaría de Cultura de Jalisco.  
 2004 (ed.), *Los bienes estratégicos del antiguo occidente de México: producción e intercambio*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Secretaría de Cultura de Jalisco.
- WINNING, Hasso von  
 1996 *El arte prehispánico del occidente de México*, E. Williams y P. C. Weigand (eds.), Zamora, El Colegio de Michoacán.